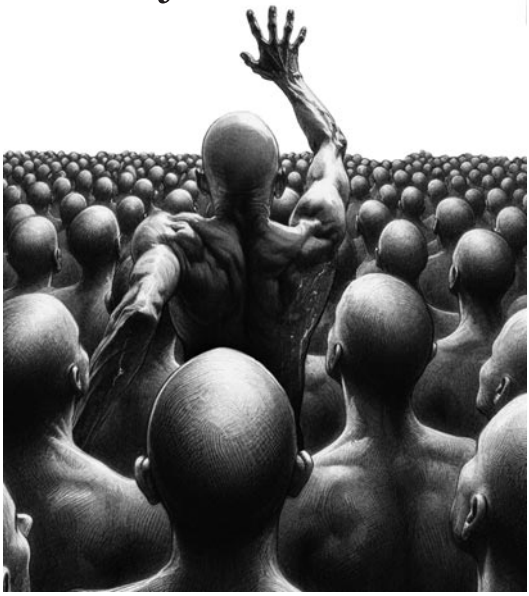
NARRATIVA DE CORDELIA

Ningún Viajero Vuelve



Primera edición en Reino de Cordelia, noviembre de 2025

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodecordelia.es
@reinodecordelia.es facebook.com/reinodecordelia
https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.
C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13
28003 Madrid

El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Juan Miguel Aguilera, 2025
www.juanmiguelaguilera.com

Ilustraciones de cubiertas e interiores: © Juan Miguel Aguilera, 2025

IBIC: FL | Thema: FL
ISBN: 979-13-87599-25-6
Depósito legal: M-23160-2025

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Técnica Digital Press
Impreso en la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Ningún Viajero Vuelve

Juan Miguel Aguilera

Índice

Prólogo 13
1.- 19
2.- 29
3.- 37
4.- 43
5.- 53
6.- 63
7.- 73
8.- 81
9.- 89
10.- 97
11.- 107
12.- 117
13.- 129
14.- 135
15.- 145
16.- 151
17.- 163
18.- 169
19.- 171
20.- 187
21.- 193

22.- 201
23.- 205
24.- 217
25.- 225
26.- 235
27.- 243
28.- 251
29.- 263
30.- 271
31.- 279
32.- 287
33.- 295
34.- 303
35.- 313
36.- 319
37.- 329
38.- 337
39.- 345
40.- 359
41.- 373
42.- 387
43.- 399
44.- 411
45.- 417
46.- 427
Epílogo 441
Agradecimientos 445

Para mi amigo y colega Alfonso Mateo-Sagasta, por tantas buenas conversaciones que me ayudaron a volver a escribir.

Who would fardels bear,
To grunt and sweat under a weary life,
But that the dread of something after death,
The undiscovered country from whose bourn
No traveler returns, puzzles the will
And makes us rather bear those ills we have
Than fly to others that we know not of?[1]

WILLIAM SHAKESPEARE
Hamlet. Acto III, escena I

[1] ¿Quién podría tolerar tanta opresión sudando, gimiendo bajo el peso de una vida agotadora, si no fuese porque el temor al Más Allá, aquel país desconocido de cuyas fronteras ningún viajero vuelve, desconcierta la voluntad y nos hace soportar los males que tenemos antes de lanzarnos hacia otros que ignoramos?

Prólogo

EL ASCENSOR PARECÍA sacado de un museo pero funcionaba perfectamente. Era un modelo de principios del siglo XX y conservaba cierta elegancia nostálgica. Los paneles de madera oscura contrastaban con el brillo de los detalles dorados. Los botones de marfil mantenían el diseño clásico y su tipografía antigua. Se movía por el interior de una jaula de hierro forjado que le daba un aire distintivo. Se detuvo con un leve estremecimiento cuando llegó a su piso. Erika Müller salió al rellano y se quedó inmóvil durante un momento, sorprendida al observar una figura que se desvanecía en la penumbra del tramo inferior. Escuchó el roce áspero de unas suelas sobre el mármol y alcanzó a distinguir fugazmente la espalda envuelta en sombras del desconocido. No parecía tener prisa, sus movimientos eran ágiles y seguros. La silueta giró la cabeza, como si advirtiera su presencia, y luego continuó descendiendo, hasta que el sonido de los pasos se perdió en la oscuridad.

Erika pensó que probablemente se trataría de algún vecino, aunque le resultó extraño. En ese edificio, la mayoría de los residentes eran de edad avanzada y los dos ascensores funcionaban perfectamente, por lo que no era habitual que alguien bajara a pie.

Y menos aún a oscuras..

Entró en su apartamento y cerró la puerta de seguridad. Siempre hallaba allí la paz y el orden necesarios para sentirse bien. Había elegido cada elemento para crear un entorno de calma y estabilidad. Las paredes blancas, con revestimiento acústico, absorbían el ruido del mundo exterior. Junto al amplio balcón, cubierto con cortinas de lino crudo, una estantería de madera de cerezo albergaba libros de psicología, una pequeña maceta con un cactus y figuritas de cerámica de Tintín y Milú; un toque deliberado para suavizar la seriedad del ambiente. En el centro de la sala, dos butacas Wassily de acero y piel blanca estaban enfrentadas con la exactitud de alguien que entiende la importancia de cada objeto en su espacio.

La sensación de incomodidad persistía, pero trató de restarle importancia. Pensó por un momento en llamar al portero para preguntarle si algún extraño había entrado al edificio, pero desechó la idea; no quería parecer una paranoica.

Se acercó al balcón, apartó las cortinas y salió al exterior. El aire fresco de la tarde despejó su mente mientras observaba el tráfico de Ginebra y el curso tranquilo del Ródano. La ciudad parecía moverse entre dos ritmos opuestos, el bullicio en las calles y la calma del río.

Todo parecía en orden, perfectamente normal.

Estaba a punto de regresar al interior cuando algo la hizo detenerse. Al otro lado de la calle una figura permanecía inmóvil, medio oculta junto a una farola apagada. Erika la miró con curiosidad.

¿Sería la misma persona que había visto escabullirse por la escalera?

Se trataba de un hombre alto y delgado, cubierto con una gorra negra que ocultaba parte de su rostro, pero algo inquietante emanaba de la sombra que ocultaba sus ojos. Los imaginó fijos en ella, con una intensidad perturbadora, y un escalofrío recorrió su espalda. Sin pensarlo retrocedió, cerrando apresuradamente el balcón.

Permaneció junto a la ventana. Ese hombre… le resultaba inquietantemente familiar. Estremecedoramente familiar. Pero no podía ser. Durante diez años sin noticias sobre él.

Pero ¿y si…? No se trataba de cualquier «y si», sino de uno enorme. ¿Y si aquella sombra del pasado reaparecía justo ahora, en el instante más crítico, cuando William Wolfe estaba a punto de llevar a cabo su experimento más ambicioso, el que podía redefinir por completo los fundamentos de su investigación? El pensamiento le recorrió la mente como un latigazo, haciéndole sentir que el aire en la habitación se volvía más frío.

Apartó la cortina para echar un último vistazo.

La calle estaba desierta. Las farolas proyectaban su luz sobre el pavimento húmedo y vacío. El extraño había desaparecido.

Se tomó el pulso. Iba rápido, demasiado. Cerró los ojos un instante, intentando calmarse. No era solo el cansancio. Era esa presión constante, silenciosa, que se había ido acu-

mulando durante meses. Sabía cuánto dependía Wolfe de su trabajo, y eso la había ido desgastando sin darse cuenta. Y ahora estaba imaginando cosas, eso era evidente. Decidió relajarse, se sirvió una copa de vino blanco y colocó un disco de Laufey en el reproductor.

Entonces vio algo que llamó su atención.

Algo muy sutil, pero llamativo para una persona obsesionada con el orden.

En la estantería situada junto a la ventana, uno de los libros, *Psychologie de la perception*, de Jean-Pierre Dupuis y Arnaud Rey estaba colocado incorrectamente; había intercambiado su posición con *Psychologie de la peur*, de Christophe André. Además, al verlas de cerca, advirtió que las figuritas de Tintín y Milú se habían desplazado unos centímetros de su posición habitual.

No era día de limpieza, por lo que aquellos cambios no tenían ninguna lógica.

Dejó la copa sobre la mesa y se acercó a la estantería. Sacó uno a uno los libros y los fue amontonando en el suelo. No había nada extraño, pero...

Pasó la mano por la parte posterior del estante y sus dedos lo notaron.

Era muy pequeño, del tamaño del botón de una camisa y aún más plano…

Retiró la mano como si hubiera tocado un cable eléctrico y se dejó caer en uno de los butacones. Su corazón latía rápido. Miró a su alrededor con creciente inquietud. Alguien había violado la intimidad de su apartamento, y no podía dejar de pensar que esa persona seguía allí, escondida en algún rincón, observándola en silencio.

Se sintió expuesta e indefensa ante esa mirada espectral.

—¿Quién anda ahí? —dijo con voz temblorosa mientras se dirigía a la cocina.

Cogió uno de los cuchillos más grandes, sintiendo el reconfortante peso del acero en su mano temblorosa. Con él en ristre, recorrió cada rincón de la casa, abriendo puertas con cautela y escudriñando las sombras. Miró dentro de los armarios, apartó cortinas, y hasta se arrodilló para inspeccionar debajo de la cama. No había nadie, pero el silencio que la rodeaba era más aterrador que cualquier ruido. Cada habitación vacía le dejaba una sensación de inquietud que no podía evitar, no lograba disipar la certeza de que alguien, en algún momento, había estado allí.

Pulsó el número de William Wolfe en su iPhone.

—¿Sí, querida? —dijo el anciano científico con voz grave.

Erika se demoró unos instantes en responder, mientras aguzaba su oído, intentando escuchar algún sonido extraño en el auricular.

—¿Sucede algo, Erika?

Todo parecía normal, pero no se atrevió a hablar con naturalidad.

—No Bill. Solo te llamo para recordarte que nos vemos mañana.

—De acuerdo… —dijo Wolfe extrañado—. Como estaba previsto…

—Tenemos que hablar —dijo, y colgó.

Se acercó a la estantería y volvió a colocar los libros con mucho cuidado, intentando no hacer demasiado ruido. Con el mismo recelo revisó toda la casa una vez más, espe-

cialmente la cerradura de seguridad. Apoyó una silla contra la puerta del apartamento y se acostó, dejando la luz del dormitorio y la del salón encendidas. Sabía que no había nadie, pero también había comprobado lo fácil que a un intruso le había resultado invadir su hogar.

La estaban vigilando, eso estaba claro. También supuso que el doctor Wolfe se hallaría bajo la misma atención, aunque él rara vez saliera del CERN. Se preguntó quién estaría detrás de todo esto. La idea de que podría ser esa persona volvió a cruzar por su mente, y no hizo más que aumentar su inquietud.

«Después de diez años…».

Si de verdad era él, tenía la inteligencia y la paciencia necesarias.

No podía hacer nada todavía. Antes debía hablar con William, y solo lo haría en persona, en un lugar donde nadie pudiera espiarlos.

01

LUIS APOYÓ LA FRENTE en el cristal de la ventanilla del taxi mientras el paisaje se deslizaba suavemente. El vehículo avanzaba desde el aeropuerto de Ginebra hacia Le Manoir, un elegante hotel junto al lago Lemán, donde, en solo unas horas, su vida llegaría a su fin. Moriría. A los sesenta años, ese pensamiento le llegó con nitidez pero con una frialdad distante, como si fuera algo que le fuera a ocurrir a otra persona.

—¿Está muy lejos de aquí la villa Diodati? —preguntó apremiado por una urgente necesidad de romper el silencio, quizá para dejar de pensar..

El conductor lo miró por el retrovisor, algo desconcertado.

—*Perdonne*, ¿cómo ha dicho?

—La villa Diodati —repitió Luis, con un tono más bajo, como si el nombre pesara—. Mary Shelley, Byron, Polidori...

El rostro del conductor se iluminó de inmediato.

—¡Ah, claro, la de Frankenstein! —dijo animado—. No está lejos, no. *Grande romanzo*. Aunque no lo he leído, la verdad... —rio brevemente—. Pero la película me gusta

mucho, muchísimo, sobre todo la de Boris Karloff, no esa moderna que hizo el actor inglés… ¡bah!

—Sí —respondió Luis con una sonrisa fugaz—. Estamos de acuerdo.

El taxi continuó avanzando por la carretera angosta que bordeaba el lago. Las primeras luces del hotel ya se dejaban ver, apenas asomando entre las ramas desnudas de los castaños. El lago, inmóvil, parecía una extensión de mercurio, fundiéndose suavemente con el horizonte. A lo lejos, las montañas eran sombras firmes contra el cielo que comenzaba a clarear. Luis contemplaba el amanecer, los colores del cielo deslizándose lentamente unos sobre otros. Sabía que era una de las últimas veces que tendría la posibilidad de verlo y, sin embargo, nada en su interior parecía agitarse.

El conductor, un hombre de origen italiano, gordo y calvo, vestía una camisa blanca y unos pantalones azules impecablemente planchados. Su apariencia seria contrastaba con el tono desenfadado de su voz.

—Hoy va a ser un día muy, muy magnífico —dijo con la convicción de quien anuncia un prodigio.

Y tenía razón. Unas pocas nubes blancas flotaban en un cielo que se teñía de lavanda por el este, mientras el día despertaba a finales de otoño entre las cumbres nevadas de los Alpes. A pesar de la estación, el aire era sorprendentemente templado, como si la naturaleza misma se resistiera a la crudeza del cercano invierno.

—Tiene mucha suerte, *veramente* —continuó el conductor—. Ahora el lago es todo suyo, tranquilo, sin todo el *rivolto* de la temporada alta.

Luis guardó silencio. No era su tipo de suerte lo que deseaba comentar, ni siquiera en broma. Se limitó a mirar por la ventana, dejando que el paisaje fuera su único refugio, mientras el taxi avanzaba por la calle empedrada que conducía al hotel.

A medida que se acercaban, se revelaba la arquitectura de Le Manoir. Los tejados cubiertos de pizarra, los balcones de madera tallada adornados con macetas aún en flor y las paredes de piedra que evocaban la arquitectura tradicional suiza. Cada detalle parecía ahora cobrar una precisión casi irreal, como si en ese momento, tan cerca del final, su mente interpretase la realidad con una nitidez exagerada.

El taxi se detuvo frente a la entrada principal. El conductor abrió el maletero y sacó una pequeña mochila. La observó un momento, con el ceño apenas fruncido, intrigado por lo escaso del equipaje para tratarse de un turista extranjero.

—Le gusta viajar *leggero* —comentó—. ¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

—Poco —respondió Luis, alargando la mano para tomar la mochila.

El conductor por fin lo entendió. Todo encajó en su mente con un clic sutil pero definitivo. El viaje fuera de temporada, el hotel, la expresión taciturna de su pasajero… Sus gruesas mejillas se ruborizaron al comprender el propósito real de aquella visita.

Sin añadir una palabra más, Luis pagó el taxi y, con la mochila al hombro, cruzó las puertas de Le Manoir. A esa hora, la recepción estaba casi desierta. Solo una chica muy joven, sentada en una silla de ruedas, hojeaba distraídamente

unas revistas al fondo del vestíbulo. Luis se preguntó qué la habría llevado a estar allí tan temprano, pero el pensamiento se desvaneció rápidamente.

Tras el mostrador, una recepcionista de cabello caoba recogido en un moño severo, lo observaba con la indiferencia de quien ha visto de todo. Cuando apenas levantó la vista de la pantalla del ordenador, sus ojos azul hielo lo atravesaron por encima de sus gafas bifocales. No mostraba en ellos ni rastro de calidez.

—Don Luis Cortés Cortés, ¿verdad? —dijo casi sin mover un músculo del rostro mientras tecleaba el *check-in*—. Bienvenido a Le Manoir, señor Cortés Cortés. Normalmente, no se puede acceder a la habitación hasta las once, pero usted es... un huésped especial. Aquí tiene su llave… —se la tendió.

La formalidad de su tono, distante y profesional, no ocultaba del todo la tensión ambiental. Luis percibió la incomodidad que la invadía. Sabía que, en su ficha de reserva, el motivo de su estancia en Suiza debía estar explícito, como una marca indeleble. Aquella recepcionista habría lidiado en el pasado con muchos «huéspedes especiales» como él; y sabía que no valía la pena implicarse emocionalmente.

Subió al segundo piso, donde su habitación lo esperaba: la puerta 205. Al cruzarla, notó esa mezcla particular de decadencia y refinamiento de algunos hoteles franceses. Las paredes estaban cubiertas con tapizados elegantes, marcados en algunos puntos por manchas amarillas de humedad. Un aroma flotaba en el aire, uno que le recordó el primer apartamento que alquiló al mudarse a Valencia. Era el olor de los muebles antiguos, de bolsitas antipolillas olvidadas y una pizca de pintura fresca.

Salió al pequeño balcón, acogedor y salpicado de macetas con flores. Dos tumbonas de teca, protegidas por sendas fundas de plástico, estaban colocadas una junto a otra. Pero lo que realmente atraía su atención eran las majestuosas cumbres de los Alpes de Chablais, que se alzaban imponentes bajo el cielo temprano.

«Voy a morir —pensó— y el universo ni siquiera parpadeará».

A veces se perdía en los recuerdos del joven que una vez fue, como si pudiera tocar por un instante la emoción que una vez había sentido. Sabía que eran solo reflejos, imágenes que el tiempo había desdibujado como fantasmas sin sustancia. Pero sonreía, al fin y al cabo había sido real, lo había vivido.

Y eso era lo único que lo conmovía ya.

LUIS TENÍA POCO más de veinte años cuando llegó a Valencia. Era un joven larguirucho y delgado, recién licenciado de la mili. Llevaba una carpeta de ilustraciones bajo el brazo, y estaba lleno de ilusiones y de confianza en sí mismo.

A principios de los años noventa la ciudad latía con una energía electrizante, con bares, discotecas, y el poderoso pulso de la vida al anochecer. Nombres como Barraca, Spook Factory, Chocolate, Espiral y Puzzle marcaban el compás de unas noches que parecían no tener fin, con una banda sonora de sintetizadores y cajas de ritmo que atraía a jóvenes de todas partes, como polillas hipnotizadas por una luz de neón.

Para Luis el alma de la ciudad se encontraba en sus rincones menos obvios. Las salas improvisadas eran sus

favoritas, locales llenos de magia y humo (en esos años todo el mundo fumaba en todas partes), en los que las guitarras arañaban el aire y las voces en directo creaban atmósferas sin artificios, haciendo que cada nota y cada silencio contaran su propia historia. En ese ambiente sencillo y auténtico, la música se transformaba en un relato único que conectaba a quienes lo vivían.

Esa noche había sido invitado a una fiesta organizada por su amigo MacDiego en un escenario poco convencional, un cementerio de coches. Llegó guiado por el eco metálico de la música, que parecía flotar en el aire como un aroma evocador. Las sombras de los vehículos abandonados proyectaban formas inquietantes bajo los focos improvisados, creando un escenario tan distópico como fascinante.

El aire olía a gasolina rancia y a tierra húmeda. El ambiente era surrealista y el lugar estaba repleto de gente ansiosa por disfrutar de la noche. En el escenario actuaba Kosmische Musik, un trío alemán afincado en Ibiza. Su música electrónica y atmosférica llenaba el espacio, envolviéndolo todo con una extraña suntuosidad. Los tres músicos alternaban guitarras eléctricas, teclados, samplers, cajas de ritmo y sintetizadores, además de otros dispositivos electrónicos ideados por ellos mismos. Cada sonido parecía empujar los límites de lo conocido, arrastrando a la multitud hacia un espacio cósmico donde la música se convertía en su única referencia.

MacDiego saludó a Luis desde una antigua furgoneta Volkswagen Bus, transformada ingeniosamente en una improvisada barra de bebidas. Aquel famoso diseñador siempre iba un paso por delante. Vestía su habitual com-

binación de camiseta, serigrafiada por él mismo, y pantalones harapientos manchados de pintura. Ataba sus zapatillas de lona con un cable eléctrico y un enchufe, y completaba su inconfundible estilo con unas aparatosas gafas reflectantes. Estaba convencido de que la vida era un espectáculo exclusivo de diseño y que él lo sabía interpretar y disfrutar al máximo.

—¡Luis! —gritó, alzando su lata de refresco—. ¡Bienvenido al futuro, tío!

Luis sonrió. A menos de una década del cambio de siglo, parecía que el futuro se manifestaba en cualquier esquina. Dejó que la música electrónica lo envolviera. Había algo en los sonidos de Kosmische Musik que lo fascinaba, una intriga sutil, como si cada nota abriera una puerta hacia un universo desconocido y lleno de enigmas. Se acercó al escenario, esquivando grupos de jóvenes que bailaban entre las carrocerías retorcidas. El trío alemán, inmerso en su propio trance, manipulaba los instrumentos como si fueran extensiones de su propio ser. Los sonidos parecían colisionar y luego expandirse en una armonía improbable, desintegrándose en el aire como fragmentos de un sueño que se disolvía antes de poder ser atrapado.

Apoyado en el capó de un Simca 1000, disfrutó relajadamente del concierto con el gin-tonic de Beefeater que le había traído uno de los camareros. A su alrededor, algunos jóvenes con cazadoras de cuero y camisetas estampadas se movían extravagantemente al compás de la música, como atrapados por su energía cinética.

Para él, las melodías suaves y los arpegios hipnóticos de Kosmische Musik despertaban una sensación de nostalgia y

melancolía. Aquella música resonaba en el fondo de su mente, provocándole sensaciones fascinantes. Evocaba imágenes de viajes espaciales y paisajes oníricos. Los sonidos cósmicos y las progresiones armónicas lo hacían sentir como si estuviera viajando a través de galaxias lejanas, explorando planetas desconocidos, o navegando por sueños lúcidos.

Cerró los ojos un instante, dejando que el vibrar de las notas recorriera su cuerpo. Sintió entonces una mano sobre su hombro. Se giró en busca de alguien conocido, pero se trataba de una mujer a la que nunca había visto. Llevaba el cabello corto, color rubio pálido con reflejos plateados que destellaban bajo las luces, y clavaba en él unos grandes ojos azules.

—Te gusta esta música, ¿verdad? —Su voz, femenina pero grave, delataba un marcado acento alemán. Más que una pregunta, parecía una afirmación.

Antes de que pudiera responder, ella siguió hablando:

—Sí, claro que te gusta. Es *ist klar*. Estás escuchando con los ojos cerrados.

Luis la observó un instante. Habría resultado bastante atractiva sin el maquillaje recargado y el atuendo pospunk que, en su opinión, no la favorecían. Sostenía en la mano una botella de agua mineral, lo que contrastaba con los vasos de alcohol predominantes entre la multitud.

—Sí, sin duda me gusta —admitió Luis con franqueza—. Me encanta la música capaz de crear atmósferas.

—¿Luis Cortés? —inquirió ella con firmeza—. El de la barra me ha dicho que eres ilustrador. *Das stimmt*, ¿verdad?

Luis miró hacia la barra, desde donde MacDiego le sonreía levantando los pulgares. No pudo evitar devolverle la sonrisa.

—Sí, soy yo —respondió, volviendo la vista hacia la chica.

—Me ha asegurado que eres muy bueno. Y también que estás muy loco. *Und, wie sagt man*, un poco loco, ¿no? Precisamente estamos buscando un nuevo enfoque para la portada del próximo disco del grupo.

—Perdona, ¿y tú eres…?

—Discúlpame —dijo la chica, extendiendo la mano con una sonrisa—. Me llamo Hannah Hagen, *ich bin* la representante de Kosmische Musik.

Luis le estrechó la mano con firmeza y todo cobró sentido a su alrededor.

Los sonidos futuristas de la música, las luces derramándose sobre los coches abandonados, incluso el aire con densos aromas nocturnos… Todo llenaba de emoción el porvenir. Quería cumplir su sueño de dejar huella en el mundo del arte y sabía que estaba en el lugar y el momento adecuados.

Cuando era joven, se sentía invulnerable, como si nada pudiera derribarlo.

Ahora, a los sesenta años, sonrió con tristeza al recordar tanta ingenuidad.

02

Erika Müller entró en la ducha en busca de alivio tras una noche que se le había hecho eterna. Dejó que el agua tibia se deslizara sobre su cuerpo, mientras cerraba los ojos y respiraba hondo. El calor parecía disipar las tensiones que acumulaba. Era un placer simple pero necesario, una pequeña tregua que le hacía sentir que, aunque solo fuera por un momento, recuperaba el control de su vida.

Después de un rato, salió del chorro de agua y se envolvió en una toalla, deteniéndose frente al espejo. Su rostro reflejaba los cincuenta años vividos, el cansancio se hacía evidente alrededor de los ojos, pero pensaba que todavía había algo inquebrantable en su mirada, una fuerza que no había desaparecido. Un recordatorio de que, a pesar de todo, aún seguía siendo ella.

Aunque cada vez fuera más complicado seguir siendo ella.

Un mensaje en el móvil del doctor André Vanier le notificó que el señor Luis Cortés había llegado al hotel. Erika declinó la invitación de Vanier para desayunar juntos. «Sigo en Ginebra —le escribió—. Nos vemos más tarde».

Desayunaría tranquilamente en su apartamento y luego se reuniría con él y Hingis en el hotel Le Marnier. Café solo, la única opción que le permitía mantener la figura, aunque a veces anhelaba algo más sustancioso. Normalmente comenzaba el día con una sesión de ejercicio en la elíptica, pero hoy tendría que dejarlo para más tarde.

El aroma del café recién hecho despertó sus sentidos. Se acomodó en una mesa junto a la ventana, donde el sol matutino iluminaba el espacio. Llevó la taza a los labios y saboreó lentamente el café americano, disfrutando del momento. Frente a su balcón, el Ródano discurría sereno y majestuoso, reflejando la luz dorada de la mañana.

Los informes de Azimut yacían esparcidos sobre la mesa, reclamando su atención.

El suicidio asistido se había convertido en Suiza en un lucrativo negocio. Al principio fue Sortie, una sociedad que ofrecía asesoramiento legal, cuidados para aliviar la espera de la muerte natural y, si el paciente lo deseaba, también le facilitaba la muerte asistida. Para disfrutar de todo esto, era imprescindible ser socio, aceptar los estatutos y pagar una cuota anual de unos cien euros. Finalizar una vida tenía un costo adicional de mil quinientos euros. Una ganga, pero la asociación Sortie era exclusiva para ciudadanos suizos y extranjeros residentes en Suiza.

Spiritus Aeternus y Dignité se ocupaban de todo sin importar la nacionalidad, y por un precio que variaba entre diez mil y quince mil euros, sin incluir los gastos de viaje y alojamiento. Sin embargo, seguían teniendo normas muy estrictas; primero, comprobaban que el paciente tenía razones médicas para solicitar el servicio, para lo cual un con-

sejero se desplazaba a su hogar para verificarlo, con los gastos a cuenta del cliente. Una vez aceptado el servicio, el cliente viajaba a Suiza para obtener la aprobación de un médico local, se alojaba en uno de los hoteles concertados, como Le Manoir, y recibía allí el medicamento que causaría su deceso. Después, la asociación se encargaba de la repatriación del cuerpo y de los trámites legales.

Al igual que en Sortie, esa aprobación podía ser revocada en cualquier momento si un médico independiente determinaba que el cliente carecía de capacidad de discernimiento o se hallaba bajo la influencia de terceros.

Pero en Azimut, la empresa para la que Erika trabajaba, la cosa era diferente. No exigían una prueba psicológica, ni la obligación de que el interesado padeciese una enfermedad grave o terminal. Aseguraban que no le harían preguntas, y que el deseo de poner fin a su vida era más que suficiente. El precio del servicio de Azimut ascendía a cincuenta mil euros, pero garantizaban la ausencia total de problemas burocráticos.

Claro, que Azimut tenía otros objetivos que no eran de dominio público.

Erika se encontró con un sexto dossier, el de Luis Cortés, y comenzó a ojearlo. No era un voluntario ni habían contactado aún con él. No sabía si tendría algún interés para el experimento. Era simplemente un cliente más de Azimut.

En ese instante, su móvil vibró, revelando una llamada de William Wolfe.

—¿Cómo estás, querida? ¿Has dormido bien? —preguntó la voz grave de Wolfe.

—No demasiado —dijo ella sin entrar en más detalles.

—Lo siento. Anoche tu voz me sonó preocupada. ¿Es que pasa algo?

—Todo va bien —mintió—. Ayer entrevisté a las dos últimas voluntarias: la joven bióloga francesa y a la astrofísica japonesa. Ambas son unas candidatas excelentes para el experimento. Hoy mismo estarán ahí.

—Perfecto. ¿Cuándo te veré a ti?

—Mañana.

—¿No venías esta noche? ¿Te ha surgido más trabajo?

—Un nuevo cliente de Azimut que recibir y entrevistar. En su ficha dice que quiere irse lo antes posible. Imagino que elegirá hacerlo mañana por la mañana.

—Vaya, ¿qué le pasa a la gente últimamente? Creo que es el aburrimiento.

—Es una teoría interesante, Bill, pero recuerda que aquí la psicóloga soy yo. Tú solo eres el científico loco.

—De acuerdo, querida. No te canses demasiado.

ERIKA ABANDONÓ el garaje en su Mini Cooper. Los equipos de riego empapaban las calles, que aún estaban poco transitadas. Se dirigió hacia el norte de la *rue du Rhône*, giró a la izquierda hacia la *place du Port*… Y entonces vio por el retrovisor que un Audi A3 de color gris metalizado, giraba detrás de ella.

Giró de nuevo a la izquierda y el Audi hizo lo mismo.

¿La estaban siguiendo como en una película de espías? No, eso era absurdo.

Se detuvo a un lado del puente de Mont-Blanc, y el otro vehículo continuó su camino. Lo observó detenidamente

mientras se alejaba, preguntándose si estaría imaginándose cosas. Sin embargo, el pequeño micrófono que había descubierto pegado en la parte trasera de su estantería no era producto de su imaginación.

Tuvo una idea y deslizó la cortina parasol del techo abatible de su Mini Cooper.

Arriba, a muchos metros de altura, flotaba un dron, completamente inmóvil sobre ella. Sacó su teléfono móvil y lo apuntó hacia el aparato; era un DJI Mavic 2 Enterprise Advanced, el mismo dron que utilizaba la policía suiza.

Ya no podía esquivar la idea de que alguien la estaba investigando.

Tenía que advertir a Wolfe cuanto antes.

De nuevo puso en marcha su vehículo y cruzó el amplio puente sobre el Ródano. Pero se desvió. Usó el carril de la izquierda para tomar la salida hacia Meyrin y se incorporó a *la route de Meyrin*. El dron copió sus movimientos, manteniéndose tan alto que podría confundirse con un pájaro. Al fin tuvo a la vista el complejo del CERN.

Apenas había tardado quince minutos en llegar.

Dejó el Mini Cooper en su plaza de aparcamiento y tomó un ascensor que la llevó a la planta donde se encontraba la oficina de Wolfe. Abrió la puerta sin llamar y preguntó:

—¿Puedes salir un momento, Bill? Tengo algo que comentarte.

—¿Sí, qué pasa, querida? —el anciano parecía confundido.

Erika no dijo nada, lo cogió de la mano y lo arrastró hasta el túnel de servicio del Gran Colisionador de Hadrones. Tuvieron que dejar los móviles en una taquilla antes de entrar. Este túnel, de veintisiete kilómetros de circunferencia, alber-

gaba unos imanes superconductores capaces de generar campos magnéticos extremadamente poderosos. Era imposible que ningún micrófono sobreviviese en su cercanía.

—Han puesto escuchas en mi casa y me han seguido hasta aquí con un dron.

—¿Qué? ¿Quién? ¿Por qué? —exclamó el físico.

—Alguien te ha traicionado.

—Además de tú y yo, ¿quién puede conocer los detalles comprometedores?

—Hay alguien que sabe tanto de todo esto como tú mismo.

—¿Quién?

—Bill, creo que ayer vi a Ed.

Hubo un largo silencio antes de que Wolfe respondiera:

—¿Mi… hermano?

—Sí, tu hermano, al que le perdiste la pista hace diez años, después de que intentara asesinarte... —Wolfe iba a protestar, pero ella le tapó la boca con la mano—. Si no era él, definitivamente era alguien que se le parecía mucho.

—No es raro que alguien se parezca a otra persona. Tú siempre me has recordado a Françoise Hardy —sonrió—. Honestamente, yo no me preocuparía por eso.

—Era su actitud, su lenguaje corporal… Estaba plantado al otro lado de la calle, mirándome… —la voz de Erika se quebró—. Sentí que era él, Bill.

—¿Le viste la cara? —en la voz de Wolfe no quedaba rastro de humor.

—No claramente, estaba anocheciendo y llevaba puesta una gorra, pero… Su físico era muy parecido, alto y... Bueno, quizás estaba un poco más delgado…

—No era él, Erika. Tranquilízate, por favor, porque te necesito. No tengo a nadie más en quien confiar. Te aseguro que Edward está muerto.

—Bill, tenía que ser él… Nadie más conoce los detalles del experimento con tanta certeza como para poner a la policía a investigarnos.

—Por favor, Erika, olvídalo. Es mejor que todos dejemos atrás lo que ocurrió y lo olvidemos de una vez. Fue algo horrible, pero fue un accidente. Y ahora nosotros tenemos que continuar con nuestro proyecto.

—Mira Bill, tú haz lo que tengas que hacer, pero hazlo ya, porque creo que no dispones de mucho tiempo. Nos están vigilando y acabarán por detener tu trabajo.

Wolfe no parecía muy preocupado ante esa posibilidad.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Hablaré con los abogados para preparar la situación. Pero ahora tengo que ir a Le Manoir para entrevistar al nuevo cliente de Azimut. ¡No me da la vida!

—De acuerdo, cálmate y no te preocupes. Sea lo que sea lo solucionaremos.

—Extrema las precauciones, Bill. Y, sobre todo, no hables con nadie por teléfono sobre los detalles del experimento. Ni siquiera conmigo.

03

Luis abrió la puerta de su habitación al equipo de Azimut. Al frente estaba la doctora en psicología Erika Müller, cuya altura y figura esbelta la hacían destacar sobre los dos hombres. Vestía un conjunto sencillo pero elegante: una blusa azul y pantalones negros, combinados con unos zapatos negros de tacón alto.

Presentó a sus dos acompañantes. Vanier se estaba quedando calvo y trataba de disimularlo peinándose de una forma creativa. Dan Hingis mostraba una abundante cabellera blanca que en la parte delantera adquiría tonos verdosos, consecuencia del humo del tabaco que había fumado a lo largo de toda su vida. Los tres entraron en la habitación. Los dos hombres se acomodaron en sendos butacones, mientras Erika tomaba una silla de un rincón. Luis se sentó en el borde de la cama.

—¿Y bien? —preguntó.

—Tiene que cumplimentar un cuestionario —anunció Vanier.

—¿Un cuestionario? —replicó Luis, sorprendido.

—Solo unas pocas preguntas sencillas —aclaró Erika con suavidad.

—El agente de Azimut me aseguró que si no quería no tendría que responder a preguntas personales; que con mi deseo de morir era más que suficiente —alegó Luis—. Que eso, precisamente, era lo que justificaba el elevado precio de su compañía. Tres veces más que su competencia.

El dinero ya poco le importaba, pero no le gustaba que le tomaran el pelo.

—Así es, señor Cortés —intervino Erika, manteniendo un tono calmado.

—Pero aquí están ustedes, con su cuestionario bajo el brazo.

—Se trata de un simple trámite. Algo a lo que estamos obligados legalmente. Pero le aseguro que en Azimut creemos en la libertad de cada persona para decidir cuándo quiere finalizar su existencia. Creemos que la muerte es algo natural.

—Pues yo quiero terminar ahora.

—En ese caso, está en el lugar adecuado. Dígame, ¿cómo surgió la idea de contratar un servicio de suicidio asistido? —preguntó con calma Erika. No tenía prisa al hablar, dejaba el espacio necesario para pronunciar cada palabra con precisión, como un nadador buscando el aire tras una brazada.

—¿Eso ya es parte de su cuestionario?

—Sí.

Luis eligió la respuesta más sencilla:

—Es un asunto personal. Prefiero no hablar de ello.

—Hace aproximadamente dos años —intervino Vanier—, se le diagnosticó un carcinoma pulmonar. Ha tenido

una respuesta favorable al tratamiento de quimioterapia, lo cual es alentador. A sus sesenta años, sigue siendo una persona relativamente joven, por lo que tiene probabilidades de superar completamente la enfermedad.

—Ya veo que me han investigado a base de bien —dijo Luis sin disimular su mal humor—. ¿Por qué me molestan entonces con este cuestionario?

—Estamos de su parte, señor Cortés —se apresuró a decir Erika—. Pero de acuerdo con la legislación suiza, el paciente debe estar en condiciones físicas y mentales de administrase él mismo el compuesto que le causará la muerte. Si no fuera así, se trataría de una eutanasia y no de un suicidio asistido, y el procedimiento sería ilegal. Un matiz sutil pero fundamental a nivel administrativo. Por eso estamos obligados a investigar la situación de su estado de salud mental, su movilidad, etc.

—No tengo ningún problema al respecto, como pueden ver.

—Sí, cualquiera diría que está en perfecto estado de salud —dijo Vanier—. Entonces, dígame, ¿por qué ha tomado esta decisión justo ahora?

Suspiró y pronunció cada palabra con calma.

—He vivido sesenta años, estoy en perfectas condiciones mentales, y les he pagado a ustedes cincuenta mil euros para que me ayuden a morir de una forma digna y sin hacerme preguntas desagradables. Estoy cansado de una existencia que carece de cualquier propósito. Soy un cadáver, sí, pero ustedes también lo son. Todos somos muertos compadeciéndonos de otros muertos. Así que, al fin y al cabo, ¿qué sentido tiene seguir adelante cuando todos los buenos días

quedaron atrás, y lo único que me queda por delante es la enfermedad y la incomodidad? Quizá piensen que tengo una depresión de caballo, que todo se solucionaría con unas pastillas que ajusten la química de mi cerebro. Pero se equivocan, no estoy deprimido, estoy hastiado de todo. Especialmente de este interrogatorio absurdo, así que díganme si me van a dar esa inyección que me haga dormir para siempre o no piensan hacerlo.

—Por supuesto, señor Cortés, no se preocupe —dijo Erika—. Solo que no habrá pinchazos, ni siquiera tendrá que experimentar esa pequeña molestia. Le procuraremos una dosis de unos diez gramos de pentobarbital de sodio disuelto en zumo de naranja… o en el zumo que usted prefiera.

—Zumo de naranja estará bien, me gusta bastante. ¿Cuándo será?

—Mañana mismo si usted lo desea.

—Mañana por la mañana entonces. No he traído ropa para más tiempo… ¿Hemos terminado?

—Solo una cosa más —interrumpió Hingis, que había permanecido en silencio hasta ese momento—. Necesito que me firme estos documentos: solicitud de certificado de defunción, formulario de consentimiento para la asistencia al suicidio y formulario para la cremación. Aquí, aquí y aquí…

Tomó el bolígrafo dorado que Hingis le tendía y firmó.

Mientras lo hacía, Erika lo observaba fijamente. A sus sesenta años, parecía fuerte y en buena forma. Tenía un cuerpo delgado y era atractivo a pesar de las profundas arrugas de su rostro, que parecía curtido por el sol. Aunque en su cabello predominaban las canas, su aspecto aún era salu-

dable. Sus ojos oscuros transmitían fuerza, y se movía con la confianza y seguridad de alguien que ha superado muchos desafíos en la vida. No parecía el tipo de hombre que se rinde al primer problema. A pesar de su negativa a explicar cuáles eran sus verdaderos motivos para estar allí, la psicóloga pensó que había cierto enigma sugestivo en la persona de Luis Cortés.

Tuvo una idea y poco después de abandonar la habitación, hizo una nueva anotación en su *tablet*. Más tarde se la enviaría a Wolfe:

«Creo que tenemos otro candidato interesante».

04

Hannah Hagen y él habían ido a la Pirámide Musical. Ahora, sin el maquillaje estrafalario y vestida con unos *jeans* y una sencilla camiseta estampada, le parecía mucho más atractiva. Era una chica rubia y grande, con el pecho generoso, la cintura estrecha y un rostro de rasgos encantadores. Como una Barbie sobredimensionada.

Juntos recorrieron los estantes de discos, pasando los dedos por las carátulas sin extraerlas del expositor. De vez en cuando encontraban algo interesante, lo sacaban y se lo mostraban mutuamente, intercambiando sonrisas y comentarios divertidos. *Animals* de Pink Floyd, no. *Stratosfear* de Tangerine Dream, era interesante. *Autobahn* de Kraftwerk, no. *I Robot* de The Alan Parsons Project, no. *Osibisa, Tales from Topographic Oceans*, y el interior de *Close to the edge*, de Yes; todas portadas de Roger Dean y todas muy interesantes. Hannah se volvió hacia Luis y dijo:

—Buscaríamos algo parecido a esto. No en el estilo, pero sí en la *fantasie*.

Pasaron un buen rato y salieron de la tienda con varios elepés bajo el brazo. Luis le propuso que fueran a cenar a un nuevo japonés que habían abierto cerca de allí.

—No, prefiero ir a tu casa y *analysieremos* todo esto. Si quieres compramos algo para cenar por el camino —dijo Hannah—. Yo no tengo mucha hambre.

En un supermercado compraron unos panecillos y unas lonchas de jamón York y queso. No era su idea de una gran cena, pero es lo que la alemana quería.

—¿Tienes algo para beber?

—Tengo la nevera llena hasta los topes de cerveza.

—¿Y agua?

—Sí, también tengo algunas botellas de agua.

Su casa estaba en la calle Alta, en el barrio del Carmen, frente a un refugio de la Guerra Civil. El edificio era estrecho, con una escalera de escalones asimétricos y algo peligrosos, que ascendían pesadamente hasta su vivienda en el último piso. Un apartamento minúsculo, pero con dos alturas. En la parte de abajo estaban la cocina y la sala de estar, mientras que en el altillo se encontraba el dormitorio y su estudio de ilustración, bajo un techo abuhardillado con vigas de madera. Tenía dos balcones muy estrechos, uno en cada nivel, ambos con vistas a la calle Alta.

Cenaron los bocadillos de jamón y queso en el balcón del altillo. Las piernas colgando entre los barrotes de la barandilla, mientras sonaba la música de Yes en el tocadiscos. Cuando terminó, ella sacó un papelito de una cartera y se lo ofreció a Luis.

Tendría menos de un centímetro de ancho, con la imagen de un simpático Smiley impresa sobre él. Luis se acercó para verlo mejor.

—¿Eso es un *blotter*?

—Un ácido es lo que necesitamos para trabajar. Tú y yo tenemos ahora mismo el *set* y el *setting* perfectos. La creatividad va a fluir hoy aquí *voll dabei*.

—No tomo drogas.

—¿Y qué crees que es todo ese *alkohol*, querido? —rio Hannah mientras señalaba las seis botellas de cerveza vacías que Luis había acumulado a su alrededor.

Ella solo había bebido agua.

—Tienes razón —admitió—. Pero es a lo que estoy acostumbrado.

Hannah guardó el *blotter* y se acercó más a él. Sus labios casi se tocaron.

—¿Vas a intentar convencerme de que todas esas *fantastischen* ilustraciones tuyas las has creado sin ayuda de algo que libere tu mente?

—Me dijeron que de pequeño me caí en una marmita de LSD —bromeó Luis.

Pero Hannah no pilló la broma de los cómics de Astérix. Se acercó aún más.

Sus labios se rozaron.

—¿Crees que conseguirás una *erektion* después de todo lo que has bebido?

—Sin problemas —susurró él mientras la besaba.

Rodaron por el suelo del dormitorio. La voluptuosidad de Hannah lo hacía enloquecer, apretó sus pechos a través de la camiseta. Ella intentó quitársela, pero se quedó enganchada justo por encima de sus labios. Luis la besó entonces, mientras ella tenía las manos enredadas con la camiseta y los ojos cubiertos por la tela. Hannah le mordió fuerte en

el labio y Luis se apartó, llevándose una mano a la zona dolorida.

Ella soltó una risita y consiguió liberarse de la camiseta. La tiró a un lado.

—*Tut es dir weh?* —le preguntó con una expresión maliciosa.

Luis se quitó la ropa con brusquedad, a estirones y sin ponerse de pie, con el corazón latiéndole con fuerza y la excitación recorriéndole todo el cuerpo, no podía contener la energía que parecía vibrar en cada fibra de su ser. Hannah estaba de rodillas junto a la cama, se había desnudado por completo y la escasa luz que entraba por el balcón parecía cincelar la rotundidad de su cuerpo. Gateó hacia ella.

Hannah sonrió y se colocó el *blotter* en la lengua. Una carita sonriente y amarilla en el centro de su lengua sonrosada. Se acercó a él para seguir besándolo, pero Luis apartó el rostro. Ella lo miró con una expresión entre dolida y decepcionada.

—¿En serio? —dijo.

—En serio. No puedo. Mi cabeza es complicada… Lo siento.

Ella asintió. Se sacó el *blotter* de la boca y lo tiró al inodoro.

Después de eso, ya nada fue bien. Intentaron seguir haciendo el amor, pero ya no fue lo maravilloso que parecía que iba a ser. Luis notaba el repentino desinterés de ella y acabó por perder la erección. A esa edad era la primera vez que le pasaba, y fue algo que le pareció irreal, ilógico. Pero cuanto más pensaba en ello, era peor.

—Has bebido demasiado —concluyó Hannah—. No te preocupes, *es ist normal*.

CUANDO LOS DE AZIMUT se marcharon, Luis rebuscó en su equipaje aún sin deshacer y sacó su cuaderno de papel Canson junto con dos lápices de grafito de distinta dureza. Necesitaba salir. Quizá sería su último paseo, pero no iría sin sus útiles de dibujo. Se colocó el cuaderno bajo el brazo y salió al pasillo. Un poco de ejercicio y el trazo de un boceto sobre el papel siempre le habían ayudado a poner en orden el caos de su mente. Pero ahora se preguntaba si recordar obsesivamente su vida era lo que necesitaba realmente. Quizá sería mejor no hacerlo.

Al salir del hotel, respiró hondo la serenidad del aire de montaña. Luego, mientras recorría la terraza, se topó con una piscina vacía, con el fondo cubierto de hojas muertas. Junto a ella estaba la joven de la silla de ruedas que había visto en la recepción. Disfrutaba del tibio sol otoñal con los ojos cerrados, mientras resguardaba sus piernas bajo una manta del hotel.

Luis avanzaba sobre el manto de hojas secas, provocando un suave crujido bajo sus pies. Sus ojos se encontraron con los de la joven, que lo miraba como si aquel encuentro no fuera casual. Había en su expresión algo difícil de descifrar, y una tristeza que velaba el brillo de sus pupilas verdes.

Ella levantó una mano en un saludo, al que Luis respondió con un gesto automático y siguió adelante. No cruzaron ninguna palabra, pero él tuvo la sensación de que algo importante acababa de suceder.

Se alejó por el sendero, todavía dándole vueltas a esa impresión. Estaba seguro de que no la conocía, parecían ser los únicos huéspedes del hotel, dos almas solitarias en un mundo que, de algún modo, ya no les pertenecía.

Avanzó entre los majestuosos castaños, liberando a su paso un aroma terroso en el aire fresco. A su izquierda, el lago reflejaba tranquilo los tonos azules del cielo. Las lejanas montañas, cubiertas por un manto de nieve, troquelaban el horizonte. El viento murmuraba suavemente entre las hojas, creando una armonía de sonidos naturales. La temperatura era agradable.

Se sentó sobre una roca, abrió su cuaderno y comenzó a dibujar.

Delineó el paisaje con firmeza y gestos amplios. Dibujaba y los recuerdos surgían en su mente como burbujas en el agua, dándole la sensación de que su vida había sido una sucesión de fragmentos que ahora intentaba juntar para darle sentido. Todo pasaba ante él con bordes cada vez más borrosos, como un dibujo a lápiz difuminado por la lluvia.

Recordó a Hannah Hagen, y eso le provocó una punzada. De poder volver atrás actuaría de otra manera, pero ya era tarde para seguir dándole vueltas a lo vivido. Alguien dijo que el recuerdo de la felicidad ya no es felicidad, pero el recuerdo del dolor siempre será dolor. Creía que el autor de la frase había sido precisamente Lord Byron.

Sus pensamientos se detuvieron de golpe, al igual que la mano que trazaba las líneas del paisaje. Alguien había aparecido repentinamente en el tranquilo sendero, sorprendiendo a Luis. Alto, enfermizamente delgado, con el cabello

rojo enmarañado y signos de calvicie incipiente. No alcanzó a ver su rostro antes de que se alejara.

Regresó al hotel, pero ya no vio a la chica de la silla de ruedas en la terraza.

Entró en el edificio y se dirigió al ascensor. En el amplio salón de la recepción, Erika Müller lo esperaba sentada en uno de los sofás.

—Señor Cortés —saludó, levantándose al verlo aparecer.

—Hola, ¿sucede algo?

—Disculpe —respondió ella—, ¿me permite robarle unos minutos?

—¿Es que tiene más preguntas para su cuestionario?

—No, no se trata de eso.

Luis frunció el ceño, sintiendo un leve desasosiego.

—¿De qué entonces? Dígame, ¿qué pasa ahora? ¿Ha habido algún cambio en la actividad de mañana? —preguntó, receloso.

—Todo sigue según lo previsto —aseguró Erika.

—Entonces, ¿en qué puedo ayudarla?

—Tan solo quería proponerle participar como voluntario en una investigación que se está llevando a cabo en el CERN, cerca de Ginebra.

—¿Voluntario? ¿Una investigación? —Luis no acababa de comprender lo que la psicóloga le proponía.

—Si acepta, le devolveríamos íntegramente lo que pagó a Azimut, más una gratificación. Si no le queda nadie a quien dejar este dinero, podría elegir cualquier ONG o sociedad benéfica, y nosotros nos encargaríamos del papeleo.

—Señora Müller, me parece que ya no me queda tiempo para eso.

—El laboratorio está a unos minutos en coche de aquí. Iré esta noche, después de la cena. Si me acompaña, podría explicárselo todo con más detalle. Y si finalmente no está interesado en colaborar, estará de regreso en el hotel en unas horas.

—¿Qué quiere que le diga? Tendrá que darme más detalles.

—Lo siento, no puedo.

—¿No puede? —Luis cayó en la cuenta de lo absurdo de aquella conversación.

—No, pero esto puede interesarle. Se trata de un proyecto científico de alta relevancia que se lleva a cabo desde hace más de dos décadas. ¿No le gustaría contribuir al avance de la ciencia?

Todo aquello se le antojaba cada vez más extraño, pero dijo:

—Voy a morir mañana y, la verdad, doctora, nada de lo que me pueda proponer en este momento me va a interesar lo más mínimo. Lo siento.

—Verá, en realidad usted no quiere morir.

—¿Cómo dice?

—Como psicóloga clínica de Azimut, he visto a muchas personas pasar su último día en un hotel como este, y ninguna se ha ido a pasear con un cuaderno de dibujo bajo el brazo. Ya sé quién es usted y cuál era su profesión, pero cuando una persona desea finalizar su vida, hay otras cosas que ocupan su mente. No, usted no quiere morir, señor Cortés. Se engaña a sí mismo porque solo desea un *Game Over*.

—Bueno, ya está bien —dijo él, entre perplejo y molesto—. Lo siento, pero no voy a participar en su investigación científica. Quizás en mi próxima vida.

—Por supuesto, no pretendía molestarle.

—No me ha molestado, solo es que no, lo siento. Ahora, si me disculpa, me voy a mi habitación.

La rodeó y se dirigió por fin hacia los ascensores, sintiendo que aquella breve conversación lo había dejado aún más confuso.

05

Le Manoir tenía cuatro plantas y la inferior rendía homenaje a la estructura original de la mansión. Una amplia galería de piedra se había convertido en el comedor del hotel, con vigas y contraventanas de madera, típicas de los palacetes alpinos. El mobiliario, de estilo francés de principios del siglo XIX, incluía cómodos sillones de tejidos acolchados, aterciopelados y en capitoné. Dos grandes chimeneas albergaban troncos que se consumían lentamente, proyectando un calor suave y danzante. Obras de arte adornaban las paredes, silenciosas y olvidadas, observando sin ser observadas.

Luis se adentró en el comedor, evitando las mesas que daban a la terraza, ahora sellada con unas cristaleras abatibles. Eligió la zona más apartada de la sala, quería saborear su última cena con la mayor privacidad posible. Aparte de los camareros y el personal de servicio, allí parecía no haber nadie más.

Del menú, optó por un delicado paté de ave y foie gras al oporto, acompañado de crujiente pan de cristal para

empezar. Como platos principales: un solomillo Wellington y un lomo de lubina atlántica sobre una cama de puerros confitados a la crema.

—Algo digno de paladares exquisitos —afirmó el *maître* con una sonrisa.

Luis lo miró.

—¿Sabe usted por qué estoy yo aquí?

—Por supuesto, señor —respondió sin perder su sonrisa deslumbrante.

—Perfecto, entonces… —volvió a consultar la carta de vinos—. No soy un experto, así que tráigame el más caro que tenga.

—El Château Lafite Rothschild de 2015 es un vino excelente de nuestra bodega.

—Por 1500 euros la botella, no estará mal… —comprobó—. Y, por supuesto, tengo previsto terminar con varios vasos de whisky de turba de veinte años.

Yoss, su amigo cubano, le había dicho en una ocasión que su mayor temor era morir y dejar unos dólares sin gastar en el banco. Estaba de acuerdo y había decidido fundir lo poco que le quedaba en la cuenta después de pagar a los de Azimut.

Le sirvieron los aperitivos junto con un sorbete de bienvenida. Extendió con delicadeza una capa generosa de paté sobre el panecillo y lo llevó con deleite a su boca.

—Parece que hoy estamos solos en el comedor —comentó alguien.

Luis alzó la vista y se encontró con la joven de la silla de ruedas, que lo observaba con sus grandes y expresivos ojos verdes.

—Me llamo Sophie Martin —dijo, con un suave acento francés que confería un toque especial a cada palabra, y una voz tan pura y musical que resultaba conmovedora.

—¿Nos conocemos? —preguntó él.

—Yo a usted sí. Es un artista muy famoso.

Luis no pudo evitar una estúpida sonrisa de orgullo.

—Eso fue hace mucho tiempo. Demasiado para alguien tan joven como usted.

Ella empujó su silla de ruedas para acercarse más a la mesa.

—Usted es Luis Cortés. Cuando era niña, tenía un póster con una ilustración suya en la pared de mi habitación.

—¿En serio? Me sorprende que alguien de su generación conozca mi obra. ¿Cuál era?

—La portada de un disco de Kosmische Musik, un grupo tecno alemán que le encantaba a mi padre. En la ilustración se veía un mundo alucinante, con una luna enorme brillando en un cielo de muchos colores. El paisaje era un desierto de arenas oscuras, con extrañas formaciones rocosas y una inquietante figura al fondo. ¡Me fascinaba esa imagen! Podía pasarme horas mirándola, perdida en sus detalles y en la poderosa sensación de misterio alienígena.

—Sí, recuerdo esa ilustración —dijo Luis, envuelto en la nostalgia—. La pinté allá por los años noventa del pasado siglo. Fue uno de mis primeros trabajos.

—Era muy realista, parecía casi una fotografía.

—Estaba pintada con aerógrafo. En esa época lo hacía todo con esa técnica.

—¿Cómo con aerógrafo?

—Es una herramienta que pulveriza pintura mediante aire comprimido, para conseguir un acabado suave y uni-

forme. Era como pintar con chorros de luz. Hoy en día, con el ordenador y el Photoshop, ya no tiene sentido.

—Claro, el *aérographe*. Pero usted tiene mucha imaginación para crear algo tan fascinante. Y visualizar un mundo que parece tan real, con tanto detalle… —dijo ella, con sincero respeto—. Debe poseer usted una mente muy especial, creo yo.

—Bueno, cuando era niño, mis padres pensaban que tenía una mente tan especial que estaba loco.

—¿Lo dice de broma? —Sophie lo miró, sin estar segura de cómo reaccionar.

—No, lo digo en serio. Así decían que éramos los Cortés de mi pueblo, todos un poco chiflados —rio—. Verá, mi familia tenía tierras, y para no perderlas se casaban entre ellos, primos con primos y todo eso. Consecuencia: muchos de mis parientes mostraban rasgos de esquizofrenia, y algunos acabaron encerrados. Y, bueno, yo tenía una imaginación… digamos, demasiado exagerada cuando era niño.

—¿Y eso hizo que sus padres se preocuparan de su salud mental? —dijo ella, con una expresión intrigada.

—Mis padres pensaron que había sacado el gen familiar cuando empecé a pintar esas locuras de niño. Se preocuparon mucho y me llevaron a un médico especialista, un psiquiatra infantil, que diagnosticó que yo era perfectamente normal para mi edad. Ni siquiera era demasiado inteligente, solo tenía una imaginación desbordada.

—¿Y qué pasó con las tierras? —preguntó Sophie.

—Las tierras se perdieron antes de que yo naciera. ¡Tanto sufrimiento en la familia para nada! —Luis se echó a reír con toda naturalidad, esta vez tan alto que el *maître* se

giró para mirarlos. Sophie lo acompañó con una amplia sonrisa.

Por un rato se había olvidado de todo, riendo y charlando con aquella muchacha. A pesar de sus problemas, había logrado disfrutar de ese instante. Aún en la más profunda oscuridad, era hermoso compartir risas y buena compañía.

Pensó que la naturaleza humana era asombrosa.

—Para mí, usted era el mejor ilustrador de aquella época —continuó hablando la joven—. Después de Moebius, claro… Bueno, quizá no debería haberlo dicho así…

—No, no, si la verdad es que se lo agradezco. Yo también admiro mucho a Moebius. Que usted me compare con él, aunque sea para decirme que no le llego ni a un papelito pegado a la suela de su zapato, ya me parece un gran elogio —rio.

Sophie esbozó una sonrisa amplia, casi riendo. Por un breve instante, su expresión de dolor desapareció, dejando ver la verdadera belleza de su rostro.

—¿Pero qué hace usted aquí? —preguntó, aun sonriendo—. ¿Está de vacaciones?

—Supongo que he venido por el mismo motivo que usted —respondió Luis.

El rostro de Sophie se oscureció de nuevo, como si una sombra la envolviera.

—¿Azimut? —inquirió con cautela.

—Azimut —asintió Luis.

—¿Por qué? Perdón, si soy indiscreta...

—Cáncer de pulmón. La verdad es que no tiene demasiado interés. Fumé casi toda mi vida. Dejé de hacerlo hace veinte años, pero ya era tarde.

—Y ha decidido... —Ella lo miró, esperando una explicación.

—Sí, me he cansado —dijo Luis, con un tono que dejaba claro que no deseaba seguir hablando del tema.

—Perdón, no quiero interrumpir más su cena —respondió ella, captando su incomodidad—. La verdad es que me habría gustado conocerlo mejor.

—Sí, a mí también me hubiera gustado... pero… —se detuvo, sin encontrar las palabras adecuadas. No quería decir que todo carecía de sentido, que ya no quedaba tiempo, aunque fuera exactamente lo que pensaba.

—Bueno, me ha encantado hablar con usted, aunque sea en estas circunstancias —dijo ella, girando la silla de ruedas para dirigirse a otra mesa.

Luis sintió que el momento que habían compartido se le deslizaba entre los dedos, dejándole solo un vacío amargo.

—Por favor, quédese —dijo de repente—. Comparta la mesa conmigo; si al final somos los únicos en el comedor, sería absurdo cenar separados.

Luis nunca habría imaginado que aquella simple invitación cambiaría su futuro de manera tan asombrosa.

SOPHIE MARTIN era francesa. Su cabello muy negro, con un estilo *bob* corto que dejaba al descubierto la nuca, caía justo a la altura de la mandíbula, enmarcando las líneas perfectas de su rostro. Sus ojos, grandes y de un verde profundo, brillaban con una intensidad difícil de descifrar.

—Iba a cumplir veinticuatro años y, tras graduarme con honores en la Universidad Pierre y Marie Curie, me encon-

traba en la etapa de preparación de mi doctorado en Microbiología. Decidí celebrarlo por todo lo alto y hacer algo que nunca antes había hecho: saltar en paracaídas tándem el día de mi cumpleaños.

Había pedido la misma cena que Luis, pero apenas había comido. Ahora ambos estaban casi en los postres.

—¿Qué es un paracaídas tándem? —preguntó Luis.

—Saltas atada a un instructor mediante un arnés...

—Ah, sí, lo he visto en documentales.

—En realidad, cuando lo haces, eres un simple paquete que no tiene ni idea de paracaidismo. Te dan un entrenamiento de solo quince minutos y *voilà*, ya estás listo para saltar desde cuatro mil seiscientos metros. Pero es emocionante, la verdad, caída libre durante un minuto completo a doscientos kilómetros por hora y luego unos ocho minutos de tranquilo descenso con el paracaídas abierto. Todo iba bien, estaba disfrutando de las vistas, cuando una corriente de aire plegó el paracaídas a unos cincuenta metros de altura.

—¡Uf! —exclamó Luis.

—Sí, uf. Demasiado bajo para tener tiempo de reaccionar, demasiado alto para salir ilesa. El instructor murió, yo me destrocé la cadera y la pelvis y me rompí casi todos los huesos del cuerpo. Durante el tiempo que estuve en el hospital, todos los experimentos que había estado preparando para mi doctorado se estropearon. Por culpa de mi decisión de hacer algo especial el día de mi cumpleaños, lo perdí todo.

—Lo siento —dijo Luis.

—Ya hace dos años de eso. Podría haberlo superado de no ser por el dolor. ¿Sabe?, el dolor crónico es un misterio

de la ciencia. El dolor cumple una función, es necesario para nuestra supervivencia, pero el dolor crónico no tiene sentido. ¿De qué le sirve a mi cuerpo un dolor permanente que me estremece las veinticuatro horas del día? Ya ni los analgésicos sirven de nada. Vivir así es imposible.

—Tiene usted buen aspecto a pesar de todo.

—He aprendido a convivir con el dolor y a disimularlo. Es demasiado duro vivir con esto y además amargarle la vida a todos los que tienes alrededor. Mis pobres padres sufrieron muchísimo al principio, pero me he convertido en una experta en que no se me note. *Il faut souffrir en silence*… Hay que sufrir en silencio.

En ese momento, llegaron los postres en un carrito, una selección de quesos franceses. Luis tomó una porción de Morbier, un queso semisuave con una capa de ceniza en el medio, y pidió un vaso de whisky Lagavulin de veintiséis años, que combinaba asombrosamente bien. Sophie no quiso nada más.

—Habla muy bien español —dijo Luis, llevándose el vaso de whisky a los labios.

—Veraneé muchos años en Menorca. De hecho, el accidente sucedió en la isla... No quiero aburrirle con lo que pasó después. Luché durante dos años contra el continuo dolor, pero al final no sirvió de nada. Y no puedo más, solo quiero descansar.

—Entonces decidió acudir a Azimut.

—No tenía dinero para eso. No podía pedírselo a mis padres porque ellos no estaban de acuerdo con mi decisión; pensaban que si tenía fe, todo se solucionaría. Ellos son muy religiosos y lo respeto, pero yo no puedo creer en esas

cosas. Lo intenté con Dignité y Spiritus Aeternus, pero me rechazaron por su política de admisión.

—¿Y qué hizo entonces?

—Entonces Erika Müller contactó conmigo y me ofreció los servicios de Azimut a un precio especial. Pensé que estaban de oferta —sonrió—. Luego mejoró su oferta; no solo no tendría que pagar nada, sino que mis padres recibirían diez mil euros si aceptaba formar parte de un proyecto científico. Y aquí estoy.

—¿Va a participar en ese experimento?

—Sí, así es. No tengo muchas opciones. ¿Y usted? ¿No le tienta hacer algo por la ciencia? Aunque sea al final de todo...

—¿Le habló Erika de mí? —preguntó Luis, con algo de desconfianza.

—Le voy a ser sincera. Cuando lo vi en la terraza, no acabé de reconocerlo… Pero es cierto lo que le he dicho. Admiraba su obra, tenía ese póster en mi habitación, y me fascinaba tanto como le he contado. Durante mi entrevista con Erika, le hablé de mi afición por la *bande dessinée*, y más tarde ella me reveló quién era usted. Los demás voluntarios ya se habían marchado, pero ella me pidió que me quedara a cenar para intentar convencerlo de participar en el experimento. Personalmente, me parece interesante, pero, por supuesto, haga lo que le parezca mejor.

—¿Le explicó de qué se trataba?

—No, me dijo que se aclararía todo cuando llegáramos al CERN.

—¿Qué clase de proyecto científico necesita a gente dispuesta a suicidarse?

—No lo sé, pero sin duda es algo muy intrigante.

—¿Es normal tanto misterio?

—A veces sí. Hay mucha competencia entre los científicos. Seguro que nos harán firmar una cláusula de confidencialidad antes de revelarnos nada.

—Si van a morir, ¿qué más da?

—Por si alguno se arrepiente.

Aquello despertaba en él una curiosidad sincera. El misterio lo intrigaba de una manera inesperada. Además, Luis no podía aceptar la idea de no volver a ver a esa joven nunca más. No se trataba de algo sexual, pero durante la cena compartieron risas, silencios cómodos, y una mirada que transmitía una afinidad poco habitual. Había algo en su presencia que lo impulsaba a seguirla, aunque no supiera qué esperar.

—Creo que la voy a acompañar —decidió en ese instante.